

La casa campesina serrana y la expresión de formas de vida

Alejandro García

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

En la casa hay que pasar gran parte de la vida, es una prolongación de la forma familiar de vivir, da lugar a los valores relacionados con la idea de lo "casero", de la sabia intimidad construida de hábitos permanentes en el interior de un grupo familiar. En la casa campesina la forma de vida dominante está vinculada al establecimiento de una conexión directa entre forma y función, una franqueza del cuerpo y de la resistencia. El valor supremo es la capacidad de adecuación, como inteligencia que cumple con un sentido de coherencia con la necesidad.

La casa es también el resultado de un mezcla particular de herencias, de adquisiciones nuevas y de combinaciones propias con un margen conocido de posibilidad real de acción y de "manipulación simbólica" en un *continuum* permanente de creaciones e imposiciones contingentes en la vida cotidiana.

Si la casa es recinto cerrado, templo familiar, símbolo del orden cósmico, simboliza al mismo tiempo el organismo humano, así como un individuo proyecta la misma esencia en los gestos de las manos, en su forma de andar y en el tono de su voz, así la casa manifiesta en distintos niveles una forma de vida, una fórmula pasada por el filtro de la composición familiar.

Las formas de vida están vinculadas en la arquitectura doméstica campesina a los procesos de congruencia en la selección operada de los diferentes componentes, a la necesaria consonancia entre sus elementos bajo una indispensable homogeneidad en la combinatoria, el sincretismo más radical en busca del equilibrio y la armonía.

La tendencia a lo invariable da cuenta de la axiología subyacente que puede tender a ser redundante; hay una continuación permanente de las formas y sus órdenes, una necesidad de perpetuarlo a toda costa, aun con objetos desconocidos.

A su vez, el carácter de los elementos estéticos configurados adquiere su sentido a partir de la variación que forma parte esencial del juego estético, la asociación no-causal entre los elementos.

El valor «estético» connota la funcionalidad interna de un conjunto, califica el equilibrio (eventualmente móvil) de un sistema de signos. Traduce sencillamente el hecho de que sus elementos *comunican* entre sí según la economía de un modelo...¹

El carácter de la vida campesina, aferrada a repetir los valores y soluciones arquitectónicas ancestrales y donde

[...] lo tradicional juega un importante papel, el mantenimiento y repetitividad de los elementos conocidos (formas, imágenes, espacios) puede convertirse en un medio para aliviar tensiones, para reafirmar la coincidencia de “sitio”, *manifestándose así un rechazo a la innovación gratuita y a la incorporación de elementos que pudieran afectar de manera significativa el sentido de «lugar»*.²

¹ Baudrillard, Jean. *Crítica de la economía política del signo*. Siglo XXI. 6ª edición. México, 1986, p. 228.

² Luengo, Gerardo. “Arquitectura altoandina: el orden espacial”. *Boletín Antropológico*, Núm. 8. Venezuela: Universidad de Los Andes, Enero-agosto de 1985, p. 12.

La casa campesina, además, se edifica entre constructor, usuarios y vecinos, no se renta o alquila y, como ambiente construido, presenta las condiciones para el ejercicio de un sentido pleno de apropiación y expresión personales. Como consecuencia, la casa es además tenida como una entidad jurídica que reclama la actitud ética de adueñamiento, de toma de posesión de un alto valor.

Por otro lado, ha sido necesario rebasar en el análisis semiótico de la vivienda rural el ámbito de análisis de las expresiones visuales bidimensionales (pintura, fotografía) para acceder a una semiótica de la “imagen” tridimensional arquitectónica —donde participan sin embargo no sólo la vista, como es obvio, sino una convergencia y discriminación de todos los sentidos—, y donde somos capaces de desplazarnos tanto externa como internamente, sentida como atmósfera y como presencia, al ser un ámbito delimitado bajo una forma observable a lo lejos y percible internamente. Como objeto es inmóvil, estático, los que nos movemos somos nosotros, en el exterior y en el interior, y; por tanto, incluso el análisis de la escultura sería imposible de extender a este campo, más vinculado tal vez con el tratamiento del llamado *performance* y los sentidos de su expresión y percepción estética. Aunque, es importante señalarlo, la casa en muchas sociedades —especialmente las rurales—, puede incluir una o varias unidades arquitectónicas relativamente separadas.

Tratamos en este sentido, de encontrar algunos términos que intentarán condensar la imagen de la casa campesina que estudiamos, y podríamos decir que —en un sentido amplio—, la casa campesina serrana persiste en un ambiente de alto contraste, pues como expresión de la cultura es un espacio cerrado circundado, construido con una tendencia a la permanencia de las repeticiones frente a una naturaleza que lo rodea como amplio espacio abierto circundante, con cierta dinámica de espontaneidad y cambio.

Es perceptible la naturalidad en el uso de los materiales, que se usan en “crudo” o sea sin tratamiento alguno, con lo cual la estructura no queda oculta por recubrimientos. Hay una asombrosa sencillez en las soluciones: cortes rectos en los ángulos, sin tendencia a barroquismos con una notable capacidad de adaptación a las condiciones del medio geográfico, orientando una economía y armonía en el manejo de las proporciones de espacios y objetos con un aprovechamiento máximo de escasos recursos.

Es identificable también el ingenio para resolver problemas prácticos en la casa, además del gran sentido de prevención y resistencia frente al clima y posibles intrusos. Y en este último caso, es observable casi siempre un acondicionamiento espacial para tener una vigilancia interior y exterior.

Es significativo hablar, finalmente, de las axiologías inversas, esto es, de lo que no aparece en la casa campesina; por ejemplo, no hay un cuarto ni la infraestructura mobiliaria para recibir visitas, que son normalmente tratadas en la parte techada exterior a la casa. Así pues, en el interior de la casa campesina, no hay sitio para la “sociabilidad” o la interlocución.

I. Forma, forma arquitectónica y forma de vida

Si como dice Baudrillard³ “...la forma circunscribe al sujeto”, la forma arquitectónica, como elemento construido, muestra al hombre a sí mismo, como ser que se autocircunscribe mostrando los valores que dominan su visión del mundo.

La arquitectura doméstica campesina cuenta con una “invariante” formal sustentada en una coherencia axiológica y aunque las estructuras pueden tener una variabilidad interna, responden asimismo a un sistema básico de dependencias. Siempre entre lo estructurado y lo espontáneo.

³ Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI, 14ª edición, 1995, p. 28.

Hay un juego interno de semejanzas y diferencias, de presencias y ausencias —en un “juego del lenguaje arquitectónico”—, que logra un efecto de sentido global al tiempo que mantiene congruencia con un prototipo externo.

Las formas de vida se manifiestan de manera analógica en las formas materiales de la arquitectura y en los diversos tipos de configuración y sintaxis de lugares y objetos.

Las consideraciones sobre una forma de vida, como forma de vinculación semiótica de una estética de la ética, no evade el reconocer que hay además una expansión de la forma de vida de lo arquitectónico a lo vestimentario o ritual-alimenticio, o de aquí a allá, en una interrelación permanente y viva. Hay realmente como diría el mismo Greimas “...capas yuxtapuestas y superpuestas de formas de vida”.⁴ Cada una de ellas está entrelazada en diversos discursos, en constelaciones inestables de res puesta, cambiantes, pero recurrentes.

Aunque las formas de vida se transforman permanentemente a lo largo de la historia en sus diversos niveles de presencia hay necesidad de la “formulación” de secuencias de acceso a las cosas y las personas del mundo, es la inevitable vía. Las aportaciones de Merleau-Ponty en su *Fenomenología de la percepción*,⁵ nos invitarían a pensar que esta formulación se articula incluso desde el plano de la percepción misma.

Así pues, no es necesaria una coincidencia o semejanza en los objetos mismos encontrados en las casas de una comunidad, si existe la incorporación de una misma fórmula en un distinto contexto espacial (así como, obviamente, en un contexto de posibilidades personales). Por este motivo el campesino que emigra a la ciudad lleva con él su fórmula para la composición de su “lugar” y tratará de aplicarla aun en el mínimo espacio y

⁴ Ruiz Moreno, Luisa. “Presentación a la versión española de *Formas de Vida*”, *Morphé*, 13-14. Puebla: UAP, julio 1995-junio 1996, p. 13.

⁵ Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. España: Planeta-Agostini, 1994.

denigrantes situaciones que ahora debe enfrentar seguramente en una de tantas ciudades perdidas.

La casa como expresión estética hecha objeto de una forma de vida, incluye la proyección de una ética subyacente en todos los posibles niveles, desde soluciones micro-espaciales individuales hasta la incorporación de la vivienda a un prototipo básico de la comunidad.

Al parecer, en el mundo rural e indígena la tendencia es hacia la “rigidez” en cuanto que hay una permanencia en la repetición de la fórmula —hay una reducida influencia de las modas—, mientras que en las urbes la tensión se desplaza hacia la excesiva “flexibilidad”.

La semiótica tendría en estas circunstancias la tarea de identificar las fórmulas de composición distribucional y objetual de la casa campesina, reconociendo la presencia expresiva de sus soluciones arquitectónicas, haciendo evidente la ética aún no reconocida subyacente en esta expresión estética.

II. Estética de la ética en la arquitectura⁶

Los pobladores están dedicados básicamente a la producción de manzana para el mercado y cultivos de autoconsumo como maíz, trigo o frijol. Es una zona fría con abundancia de pino y encino, aislada por su altura, conservadora aún del uso de materiales locales y en patrones de construcción ancestrales.

Este breve trabajo intenta agregarse a las reflexiones en torno a la articulación semiótica de las dimensiones estética y ética, particularmente en el ámbito de la arquitectura y, dentro de ésta, en la arquitectura doméstica campesina.

⁶ Las reflexiones sobre la casa campesina se han obtenido a partir de los trabajos de investigación realizados en una comunidad campesina mestiza, “Laguna de Sánchez”, en la sierra madre oriental, ubicada a poco más de 2000 mts. sobre el nivel del mar, en el estado de Nuevo León, a unos 250 kilómetros de la capital del estado, Monterrey.

En arquitectura, hay una relación de dominación de lo ético sobre lo estético, “...la ética recubre los datos inmediatos de la experiencia estética; en el momento estético adviene la sobre-determinación ética.”⁷ Este tema ha sido poco relevante en la arquitectura como disciplina, que ha tendido más bien a un alejamiento hacia aspectos meramente técnicos o históricos y que no aportan nada o sólo muy poco al análisis de las formas de significación que ahí se pueden revelar.

Entenderemos aquí a la arquitectura como el “producto de las manifestaciones que consisten en concebir y en construir el marco de la vida social...”,⁸ fuera de la referencia a una arquitectura “académica” y urbana en lo particular.

Las formas de vida como vinculación semiótica de la estética de la ética en el lenguaje específico de la arquitectura vernácula pueden diferenciarse claramente de las de la arquitectura académica, que despliega sus posibilidades básicamente en grandes edificios de las zonas urbanas. El análisis de la arquitectura doméstica, aplicado a la casa campesina no debe aislarse así del análisis de la arquitectura vernácula como contexto.

En la casa campesina como en toda arquitectura vernácula el diseñador es anónimo, pues hay un acuerdo tácito entre constructores y usuarios —que son en la mayoría de los casos la misma persona—, no hay diseñadores especializados o arquitectos, sino mano de obra artesanal —familiar, de vecinos y amigos—, herederos ya de una forma de trabajar para llegar nuevamente a sus tradicionales soluciones arquitectónicas.

Hay que señalar la diferencia —en otro nivel— entre la arquitectura doméstica y la llamada arquitectura monumental. La

⁷ Mei Alves de Oliveira, Ana Claudia. “En busca de la significación: los sentidos. Imbricación de la estética en la semiótica”, *Morphé*, 13-14. Puebla: UAP, julio 95-junio 96, p. 365.

⁸ Reinier, Alain. “Pour une sémiotique architecturale”, Cuadernos del *Seminaire de Sémiotique Architecturale*, París: Unité Pédagogique d'Architecture N° 6, diciembre de 1979, p. 6 “...nous considérons l'architecture comme le produit des manifestations qui consistent à concevoir et à construire le cadre de la vie sociale...”.

casa —a diferencia de los grandes monumentos— desaparece relativamente pronto, es demolida para levantar en ese sitio una nueva construcción, representante también de una nueva generación arquitectónica.

Hacemos aquí dos reflexiones en torno a la vinculación semiótica de la estética de la ética referidas a la arquitectura de la casa campesina en lo particular.

1. *Lo público y lo privado*

La casa es lugar privilegiado de manifestación signica del carácter de la relación establecida entre lo público y lo privado: qué se muestra, qué se oculta, la fractura o la vinculación orgánica entre ambos. En su expresión estética existen determinaciones más o menos evidentes sobre lo público y lo privado como extremos entre los cuales se despliega una compleja gama de gradaciones en cada uno y de posibles combinaciones entre ellos.

Es importante destacar, para iniciar, que como señala Landowsky, "...la cuestión de las relaciones entre lo «privado» y lo «público» se plantea, en amplia medida, en términos de «regímenes de visibilidad»" Hay el establecimiento de un "derecho de mirada" entre los participantes,

[...] cada sujeto administra, frente a su compañero, las condiciones de «visibilidad» de sus propias motivaciones... Hay una dimensión *escópica* de las relaciones intersubjetivas —que obviamente tiene una relación directa con la dimensión cognitiva—, y que está ligada a los eventos relativos a la comunicación (o a la conservación) de un cierto tipo de *saber* entre los sujetos.⁹

En la interrelación de los componentes de la casa se pone de manifiesto una fórmula básica —que retoma de lo general pero

⁹ Landowsky, Eric. *La sociedad figurada. Ensayos de sociosemiótica*. México: UAP-FCE, 1993, p. 118.

aporta desde lo personal—, y que establece las reglas entre lo público y lo privado. Aunque la casa campesina serrana es también, cómo ocultarlo, el intento reducido siempre por la pobreza de nulificar la exposición pública de lo privado.

Veamos por ejemplo el tipo de relación entre el exterior, las áreas intermedias o diferidas y el interior de la casa campesina y su diversa carga ética ligada a su papel como fronteras entre lo privado y lo público.

Así, también podríamos distinguir los diversos valores asignados a las diferentes áreas de la casa, por ejemplo las partes superiores e inferiores, lo oculto en lo oscuro o lo que se muestra a "la luz", lo que está atrás y lo que está adelante, etc. Además de las claras delimitaciones entre estos dos ámbitos como las bardas o las cortinas, o incluso el comportamiento de un perro guardián que sabe hacer explícita la frontera a quien se acerque.

Se menciona en algún texto de historia de la arquitectura de origen italiano —para citar algunos casos donde los contrastes posibles en el tratamiento de interiores y exteriores son radicales—, que

[...] los agricultores de las civilizaciones superiores, amantes de imponentes construcciones en piedra y mampostería, con una arquitectura exterior imponente, como los mejicanos y los andinos, tienen interiores de escaso valor estético.¹⁰

En la comunidad rural hay una perceptible relación del diseño exterior con la trama urbanística de la comunidad, una relación orgánica entre la parte y el todo. El reconocimiento de los distintos roles y "tonos" de los barrios que componen una comunidad forma parte de los elementos necesarios para construir una casa, en un lugar, de un modo particular y ubicarla como parte de ese todo con el cual convivirá, hay una asimilación de cada casa a la arquitectura total del paisaje.

¹⁰ Camesasca, Ettore (Dir.) *Historia ilustrada de la casa*. Barcelona: Noguer, 1971, p. 347.

Hay una ubicación plena de la casa en el terreno (parece que hubieran sido construidas ahí precisamente, como para ser pintadas) que muestra la perfecta ubicación macros espacial que tiene el campesino, vinculado a los ambientes naturales permanentemente en todas sus actividades.

Es interesante ver desplegarse a la casa y las axiologías que ésta determina hacia el exterior, los espacios que son una prolongación del ámbito doméstico, como la banqueta, la esquina, el estanquillo, la cantina o la peluquería cercanas, y aquí la ética de la casa va más allá de su inmovilidad material. Y en los espacios intermedios: el porche, el patio, como áreas donde se mantiene cierta privacidad sin desligarse de la posibilidad de mantener contacto, desde ahí, con los vecinos o visitantes. Frecuentemente el área techada que cubre la parte frontal de la casa es el punto de encuentro con los vecinos y visitantes, y de recreo entre los habitantes de la casa: lugar para coser, hacer pequeñas tareas manuales, etc.

Por otra parte, el interior de la casa campesina muestra de manera franca la dificultad material de vivir, el papel rutinario del esfuerzo, la asignación preestablecida de uso de todos los lugares, con la concentración de los efectos personales en espacios muy pequeños y por tanto muy saturados.

De los muros, como elemento particular, podemos decir que estos son finalmente "la" frontera entre interior y exterior, entre lo privado y lo público. La escasa aparición de ventanas y puertas, así como sus escasas dimensiones son explicadas así por Gerardo Luengo para la arquitectura doméstica campesina altoandina,

En la vivienda rural *aislada* tradicional, no son solamente razones relacionadas con el control térmico las que determinan la disminución del tamaño de las aberturas. Esta reducción, al llevarla a su mínima expresión, está asociada a la idea del muro como barrera, como el elemento protector ante los múltiples agentes exteriores hostiles, reales o imaginarios.¹¹

¹¹ Luengo, Gerardo. *Op. cit.*, p. 12.

Ahí mismo para reforzar su idea, cita a Abraham Moles que señala el que

La idea de pared concebida como separación brusca, hace disminuir necesariamente la importancia de los fenómenos que se producen al otro lado... la pared debilita lo exterior con respecto a lo interior...¹²

Mencionemos aquí de paso que la casa campesina estudiada casi no posee muros o puertas interiores, expresando una escasa posibilidad de ocultamiento de las actividades personales y una apertura del habitante por igual hacia todas las áreas de la casa.

Si insistimos en esta relación entre lo público y lo privado, ¿que es lo que los "ojos" de la casa —puertas y ventanas— dejan ver a los de dentro y permiten ver a los de afuera? Si acaso la ventana simboliza la receptividad, la disposición a aceptar las influencias externas, en el caso de la vivienda campesina esta apertura a lo externo es muy limitada. Lo que se hace es practicar algún orificio pequeño que reduzca la acumulación de humo en el interior de la casa y además permita avistar desde lejos a quien se acerque por ese lado. Así, también la puerta que franquea la entrada principal, como el puente, es símbolo de una transición, del paso de un dominio a otro y, por tanto, de asunción de una axiología del espacio, interna, presente como redundancia estética en todos los rincones del interior.

Finalmente, es conveniente señalar que hay circunstancias extraordinarias como la larga enfermedad de un habitante, los funerales o fiestas importantes donde lo privado se abre a lo público, se transforma para recibir a todo el que quiera entrar y ahí oculta y exhibe lo que puede, mostrando perfiles distintos del mismo espacio, variaciones de un mismo tema, caras nuevas de una misma completa figura.

¹² Moles, A. y Rohmer, E. *Psicología del espacio*. Madrid: Aguilera, 1972, Cap. II.

En estas determinaciones más o menos flexibles en los patrones de manejo de la vida pública y privada, evidentes y latentes en la presencia material de elementos arquitectónicos, muebles y objetos, configuran un nivel de expresión de las formas de vida, que relata un sentido particular de atender a las necesidades y a los requerimientos personales, grupales y del mundo, en ese particular contexto.

2. Patrones de relación jerárquica incorporados a los órdenes objetuales

Otro elemento vinculado a la relación semiótica entre estética y ética, se encuentra en las posibilidades de manifestación de procesos diversos de jerarquización entre los habitantes, por ejemplo, en el caso de los muebles y objetos personales: por su orientación, su posicionamiento en la distribución interna (nivel superior vs. nivel inferior, adelante vs. atrás, centro vs. periferia, etc.) por la dificultad en el acceso, por contraste en su composición cromática, tamaño, etc., a partir de la asignación de las áreas más cómodas de la casa como la cercanía con el fuego o con la luz de la ventana, así como también —para volver sobre el punto anterior—, los lugares más “privados”, capaces de recibir actividades íntimas con mayor control y en un espacio particular.

Aunque en la casa campesina la tendencia es a la permanencia en la designación de los sitios donde se realizan las actividades, hay poca modificación de los espacios internos, hay la posibilidad de manejar matices y grados de evolución jerárquica múltiples en el tiempo, acordes con el desarrollo de los deseos y necesidades de un grupo familiar ya sea por alteración en el posicionamiento objetual, por sustitución, por alteración cromática, por ampliación o reducción de espacios, etc., existiendo así una movilidad posible de los horizontes de interacción interna.

La casa es el espacio del movimiento corporal y por tanto espacio en el tiempo. La casa es el fondo que articula el conjunto de intereses de los habitantes, donde el desplazamiento puede ser rutina y sin embargo es cambio, evolución que usa y abandona éstos y otros rincones de la casa como producto de los cambios en los habitantes: de bebés a niños, adolescentes, jóvenes, etc... estos cambios están no sólo vinculados a las transformaciones de los intereses por edad, sino incluso a los cambios en la complejidad física y lo que éstos representan para el manejo del espacio. Las formas de vida están articuladas precisamente sobre modos de acción, sobre la intervención de los desplazamientos en lo temporal, sobre su frecuencia y sus velocidades de despliegue.

El espacio doméstico es la atmósfera donde los sentidos perciben la huella de “los trabajos y los días”: tanto intencional como involuntariamente dejamos ese “humor” personal en todas las cosas y a través de todas las formas posibles, el espacio siempre guarda para sí una parte de toda presencia, como el papel en blanco donde queda grabada la historia y cotidianidad de un grupo creciente de personas, vinculadas entre sí por lazos familiares.

La expresión material de la casa —estando inmóvil, asentada siempre en el mismo sitio—, recoge el paso del tiempo en sus espacios, donde se reconcentran los efectos personales. Se va designando en un acuerdo tácito un lugar para cada quehacer. Y asimismo, desde cierto punto de vista podríamos decir que por tal motivo *nuestra* casa es tan una extensión de nosotros, que de alguna manera los juicios valorativos no se ejercen nunca sobre ésta, sino a manera de íntima y solapada autocrítica.

Sólo mencionemos que el sentido espacio-temporal de la casa está alterado para quien vivió allí y vuelve luego de muchos años de estar lejos. Las cosas se recuerdan más grandes, más sólidas, las distancias más o menos grandes... Se incorpora la presencia del “segundo espacio” del que habla Merleau-

Ponty,¹³ “Este segundo espacio a través del espacio visible, es el que compone a cada instante nuestra manera propia de proyectar el mundo...” Y que parece estar vinculado directamente con lo que dice Cassirer en su conocida *Antropología filosófica* en cuanto a la actividad simbólica:

El hombre no puede enfrentarse ya con la realidad de un modo inmediato; no puede verla, como si dijéramos, cara a cara... En lugar de tratar con las cosas mismas, en cierto sentido, conversa constantemente consigo mismo... Vive, más bien, en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y de sus sueños.¹⁴

Apareciendo el hecho arquitectónico como configuración fenomenológica de “una modalidad de la presencia”, como diría Fontanille.

En la vivencia de una casa los sentidos convergen, los aromas, los sonidos, forman también parte de las presencias permanentes de una casa y no debemos olvidar las posibilidades de manejo de unos u otros, las formas significativas de combinación que expresan una estética.

Toda topología implica una distribución valorativa y, como consecuencia, deseamos señalar las posibilidades del tratamiento también valorativo o ético de los posibles desplazamientos en el interior de la casa. La tendencia es a pensar que hay un recorrido interno del espacio doméstico con mayor capacidad de control visual y más “rico” que otros, donde la disposición de los asientos y los lechos sigue un orden de prioridad destinado a favorecer las posibilidades de los sentidos, a través de esa sintaxis objetual construida colectivamente hacia ese “segundo espacio” del que hablamos, como producto buscado como mito o rito develado por las formas de desplazamiento y reposo por la casa.

¹³ Merleau-Ponty, Maurice. *Op. cit.*, p. 302.

¹⁴ Cassirer, Ernst. *Antropología filosófica*. México: FCE, 1963.

Hay “recorridos”, digamos, de primera, segunda y tercera clases, desplazamientos que fijarán el perfil particular de la percepción fenomenológica del espacio y por tanto del tiempo, de su historia individual, de las condiciones que determinan uno u otro “pasar” por el mundo.

La casa mantiene un régimen de relación entre espacialización y temporalización a través del desplazamiento que se realiza: lo que está atrás, está después, y ha recogido ya las impresiones anteriores del recorrido, hay un centro —móvil o fijo— desde el cual se parte y al cual se regresa siempre. En este sentido, nos señala Boussiác,

Toda cultura se puede definir en relación con los modelos que construye de su espacio...y las trayectorias a partir de las cuales su universo vivido es organizado, interpretado y valorizado.¹⁵

III. Características y disposición de mobiliario y objetos en el espacio doméstico campesino

Como ya se mencionaba, a diferencia de la gran arquitectura monumental, por ejemplo la vinculada a la época prehispánica en México, donde el exterior de los edificios era lo relevante, dejando espacios muy pequeños como recintos, y muy poco ataviados, la arquitectura doméstica —campesina o no—, no está vacía; debemos un apartado mínimo a los muebles y objetos que la ocupan, a su disposición, materiales y formas particulares, y los efectos de sentido que ahí se desarrollan.

Aquí se presencian propuestas de organización sintáctica que articulan otros niveles de las formas de vida, donde las concepciones de orden y prioridad objetual pueden ser interpretadas a la luz de criterios éticos, ahí, en su configuración estética específica.

¹⁵ Boussiác, Paul. “El espacio\el lugar del circo”, *Morphé*, 5. Puebla: UAP, julio-diciembre de 1991, pp. 55-56.

Como en toda época y lugar, en la casa campesina hay una teatralización de la vida cotidiana, que incluye por supuesto escenografía y utilería:

[...] los muebles y los objetos tienen como función, en primer lugar, personificar las relaciones humanas, poblar el espacio que comparten y poseer un alma. La dimensión real en la que viven está cautiva en la dimensión moral a la cual deben significar... Además, seres y objetos están ligados, y los objetos cobran en esta complicidad una densidad, un valor afectivo que se ha convenido en llamar su «presencia».¹⁶

Los objetos tienen... aparte de su función práctica, una función primordial de recipiente, de “vaso de lo imaginario”.¹⁷

En cada objeto “...un trozo de naturaleza está incluido, como en el cuerpo humano: el objeto es fundamentalmente antropomórfico”.¹⁸ En este sentido, hay en las herramientas campesinas, por ejemplo, una reproducción de las formas de que provee la naturaleza, que abrazan sabiamente las formas de aplicación de la fuerza humana y animal, y que señalan por todas partes de la casa el papel dominante de las actividades productivas, concretamente agrícolas y ganaderas.

En relación a este punto, nos dice Andrea Semprini, “[...] el objeto es un texto que, a la vez despliega su significación y espera la cooperación interpretativa de un usuario para llevar sus virtualidades al estado de manifestación”¹⁹ y, en este sentido, podemos decir que los objetos que encontramos en el interior de la casa campesina denotan claramente su función, no hay ambigüedad en la resolución, no se intenta disfrazar su papel. La autoconstrucción de muchos de los objetos y herramientas,

¹⁶ Baudrillard, Jean. *Op. cit.*, p. 14.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 27.

¹⁹ Semprini, Andrea. “Como poner el tiempo en el espacio”, *Morphé*, 7, Puebla: UAP, julio-diciembre de 1992, p. 70.

permite una vinculación directa con el usuario. Son objetos cercanos a la morfología del cuerpo humano sin comodidad, sólo con ajuste, el cuerpo se impone y adapta los objetos. Hay un cierto absolutismo de la función que se podría aplicar a toda la presencia arquitectónica.

Los objetos de la casa campesina llevan —como nos dice Andrea Semprini de los objetos en general—,

inscritos en sí mismos, en su forma y en sus características, las creencias de una época, los valores dominantes, los conocimientos científicos, la identidad social, la *doxa* cultural, en una palabra la *episteme* de una sociedad.”²⁰

En la casa campesina los objetos se responden en una sintaxis ligada básicamente al contexto del aprovechamiento racional de los recursos naturales locales, tienen una fuente material de respuesta al medio desde las posibilidades que él mismo ofrece, acercando por su origen la arquitectura de la casa con muchos de los objetos que ocupan su espacio.

Al parecer, en el caso de la vivienda campesina, la relación afectiva con los objetos es mucho más fuerte que en las zonas urbanas —donde una cantidad cada vez mayor de ellos son desechables—, especialmente por su escasez, hay un reciclaje permanente y un aprovechamiento “singular”, bricolante, de materiales desechables. El cuidado y permanencia de los objetos, muestra el valor del respeto por las estructuras familiares tradicionales, de hecho, no cabe duda de que la desestructuración familiar producto de la migración de los hijos se ve reflejada en los nuevos objetos de la casa campesina, enviados o llevados por estos hijos y en la reestructuración extraña al tradicional espacio doméstico.

En relación con el orden en que se colocan unos y otros objetos existen claras formas de relación proxémica entre muebles

²⁰ Semprini, Andrea. *Op. cit.*, p. 70.

y objetos: la silla del jefe de la familia o la cama con respecto a la puerta principal o la ventana; además del tratamiento de algunos de estos muebles y objetos que merecerían un trabajo particular, por ejemplo, la cama de los jefes de la familia, cuya conyugalidad fría, asexual, inflexible, pesada, dura, tiene un cierto carácter monumental (En la cama de la casa campesina se nace y también se muere, en la cama más grande y antigua, en el mejor lugar de la casa).

Hay una escasa o nula presencia de lunas, y los espejos —cuando los hay—, están atiborrados de los retratos de familiares y acontecimientos importantes: bodas, quinceaños, bautizos, o bordeando los nichos o altares principales de la casa, al igual que el reloj o relojes de pared.

Está también el lugar del objeto de valor afectivo como una “suerte de esclavo psicológico y de confidente”, relacionado casi siempre con antigüedades, pequeñas joyas o regalos de gente querida (monedas, imágenes religiosas, rosarios, amuletos, medallas). Así como el pequeño lugar que se deja a las chucherías: una llave grande de la vieja casa, un reloj inservible del abuelo, un comic o libro.

En cuanto a los elementos decorativos, hemos identificado en la casa campesina por ejemplo los conjuntos de platos y vasos en estanterías, como motivos elegantes y hasta ostentosos, objetos “sobremuebles” especialmente las figurillas imitación porcelana, los calendarios y el lugar especial de las flores naturales en el exterior y de plástico en el interior. El conjunto de elementos decorativos en el interior y en el exterior muestran una ingenuidad a toda costa.

Es muy importante señalar que hay en la disposición elegida de acomodo e interrelación entre los objetos, una sintaxis que describe un nivel de proyección de formas de vida, presentes en el total de los campos posibles de expresión de la casa.

Hay otras presencias, inmateriales, vinculadas a las rutinas perceptivas de los habitantes de una casa, como las sombras que la luz del fuego hace moverse en el espacio y los lugares, los

ruidos habituales como el rechinar de la polea de la noria, los aromas familiares de las comidas preferidas o muy frecuentes, los sonidos de los perros, el gallo, los pájaros de canto y colores, en sus jaulitas. Todos dueños de un espacio de la casa, prestos a salir a escena en el momento justo en el que el rompecabezas de lo cotidiano los ha colocado.

Las formas de vida en la casa, concluiríamos, se imbrican articulando a su vez los ambientes, las atmósferas vitales donde nadie escapa a los mensajes, donde se asume sin hablar una postura ante el mundo, de donde parten y a donde llegan los trazos del trabajo diario y también de la imaginación, donde se tejen las configuraciones personales de los sujetos, donde —de tanto “circunscribirnos”— las formas son fondo.